

Un sacerdote. Raro, atípico y bueno. Sobre todo, bueno. Su paso dejó honda huella entre los que le conocieron. Y este pequeño libro permitirá que le conozcan más. Da gusto saber de sacerdotes así.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

**Arturo Climent Bonafé: RICARDO PLÁ ESPÍ.
TRABAJADOR DEL EVANGELIO Y MÁRTIR DE CRISTO (*)**

Los numerosísimos mártires de la persecución religiosa de 1936 están siendo objeto de numerosos estudios, de desigual valor y que corresponden a dos momentos distintos de la evocación y del propósito. Unos, los más responden al deseo de dar a conocer la figura de algún mártir, o de varios de ellos si murieron juntos o pertenecían a una misma congregación religiosa o a una misma diócesis o archidiócesis, con vistas a su deseada beatificación. Algunos otros se escriben ya desde la alegría de ver en los altares al mártir de Cristo. Y fueron tantos los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seculares que vieron sus vidas segadas en aquel holocausto que sufrió España en 1936 que no es extraño que estas obras se multipliquen como las flores en la primavera.

El que ahora comentamos nos presenta la vida y la muerte de un joven sacerdote, de rostro simpático, hijo de la población valenciana de Agullent que sufrió el martirio en Toledo cuando tenía treinta y siete años. Lo escribe un sacerdote de la archidiócesis valentina que durante diez años fue párroco de Agullent, lo que le permitió conocer muy de cerca el magnífico recuerdo que allí se tenía del mártir y tratar a la hermana del sacerdote que durante toda su vida vivió del y para el recuerdo de aquel ser querido arrancando de su lado para que volara al cielo el 30 de julio de 1936. Al autor le ha encantado la vida y la muerte del biogra-

(*) Edicep, Valencia, 1992, 183 págs.

fiado, vivió, cincuenta años después de su asesinato, la memoria que del mártir se guardan en el pueblo y cómo sus paisanos seguían encomendándose a él y de ello ha dejado muestra en un libro algo reiterativo, ilustrado con bastante fotografías y que cumple sobradamente el propósito de darnos a conocer su figura. La transcripción de largos párrafos de sus sermones hacen algo pesada la lectura en algún momento y sus consideraciones sacerdotales, más propias de una homilía a sus feligreses que de una biografía, también me parecen excesivas. Pero no se tomen estas reservas como grave objeción al libro sino simplemente como una constatación de no mucha importancia. La obra cumple sobradamente sus propósitos divulgativos y ejemplarizantes. Bienvenida sea en este justísimo reconocimiento a los innumerables mártires de la España de 1936 que gracias a Juan Pablo II, después de penosas cabardías que mejor es no recordar, está llenando de nombres españoles la lista de los santos, que no el cielo pues éste estaba ya abarrotado desde aquel año de gloria y de dolor.

¿Quién fue Ricardo Pla Espí? Un joven valenciano, de familia humilde y cristiana, dos primos suyos también fueron sacerdotes, llegando uno de ellos a obispo de Sigüenza-Guadalajara, don Jesús Pla Gandía, hoy ya fallecido, que aun pudo prologar el libro, dotado de excelentes cualidades naturales que, en condiciones normales hubiera sido un excelente y piadoso sacerdote, seguramente un ilustrado canónigo y tal vez un buen obispo. Pero las condiciones no fueron normales. Ya hablaremos de ello.

La descripción del ambiente familiar, de las relaciones de Ricardo Pla con sus padres y hermana, el culto que ésta le profesó durante su larga vida, la niñez en Agullent, su temprana vocación, sus estudios —logrará dos doctorados en Filosofía por la Gregoriana y en derecho canónico en Toledo—, sus años romanos..., son de lo más logrado del libro. Y, desde el primer momento, desde sus años de monaguillo, la figura omnipresente de aquel gran hombre de Iglesia que fue el cardenal Reig. La muerte de su mujer y de sus dos hijitas llevó a Enrique Reig y Casanova al sacerdocio y el afecto paternal del que Dios le privó pareció volcarlo en aquel niño tímido e inteligente que tanto trató en Agullent. El Ricardet que le ayudaba a misa, que un día, antes

que a sus padres le confesó su vocación infantil —“quiero ser sacerdote, como usted”—, sería, una vez terminados sus estudios, el más fiel colaborador del cardenal, su secretario particular, su compañero de viajes, hasta morir en sus brazos en 1927, como cardenal primado. La semblanza de aquel hijo adoptivo de Agullent, donde había nacido su madre, aunque él viera la luz en Valencia, y a donde iba con tanta frecuencia hasta el fin de sus días, acompañado tantas veces de su fiel secretario, está perfectamente hecha. Me sorprendió, en cambio, lo crítico que resulta Climent con el cardenal Segura. Al que pone muy mal. Y creo que injustamente. Da la impresión que el nuevo arzobispo postergó a aquel joven sacerdote —aun no tenía veintisiete años cuando falleció su amigo y protector—, y ello molestó al biógrafo. Digo que da la impresión porque Climent no lo dice. Incluso da a entender que se llevaba muy bien con el nuevo cardenal: “El cardenal Segura, sucesor del arzobispo Reig, acogió muy bien al capellán mozarabe, muy pronto se dio cuenta de las cualidades de Ricardo, de sus dotes para la predicación y, sobre todo, descubrió su finura espiritual y la seriedad de su vida interior” (págs. 74-75). Parece que Pla también “se encarga de la preparación espiritual de las visitas pastorales del cardenal Segura” (pág. 73).

Pero, lo cierto, es que muerto Reig, Pla diocesánamente se apaga. Siguió, naturalmente como capellán mozarabe, cargo que había logrado por oposición, y como profesor del Seminario para lo que le avalaban sus dos doctorados. Lo demás son minucias: director de los Jueves Eucarísticos, consiliario de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. También ayudaba al anciano párroco de Santos Justo y Pastor. Parece muy poco para el mirlo blanco que era Ricardo Pla. Entonces se dedicó a la predicación convirtiéndose en uno de los oradores sagrados más acreditados de la archidiócesis primada. Hablaba bien y hablaba valientemente. Lo que se hizo notar más a partir de la proclamación de la República con la consiguiente persecución religiosa.

Sin embargo, estos años son los que nos parecen más insuficientemente tratados en la biografía. Los llena, ya lo dijimos, con la transcripción de extensos párrafos de sus sermones, tomados

sin duda de los papeles que la hermana del mártir conservó como oro en paño hasta poco antes de su muerte, entregándoselos entonces al párroco, hoy biógrafo de su hermano. Y con consideraciones sobre la circunstancia histórica que es a lo que se suele recurrir cuando no se tienen datos objetivos sobre el biografado.

Y llega el martirio. Conscientemente previsto. Valientemente aceptado. Son siempre las páginas más emocionantes de todos estos relatos. Que justifican toda una vida aunque haya sido mediocre e incluso deficiente. No era el caso de Ricardo Pla que fue siempre un sacerdote ejemplar. Pero el martirio no consagra una vida sino una muerte. Bastaría el asesinato por odio a Cristo y a la religión aceptado cristianamente para merecer la palma y el reconocimiento de la Iglesia. Muchas veces, además, quedan hermosísimos testimonios de esa aceptación. Y ese fue el caso de Ricardo Pla.

Sabía lo que le esperaba. En las Navidades de 1935 acudió por última vez a su pueblo de Agullent. María Ferrí, amiga de su madre, se despidió de él hasta el verano. La contestación fue meridiana: *A lo mejor nos vemos en el cielo*. Y como el cura de Benifayó al despedirse le dijera: *¿Hasta cuándo, Ricardet?*, la respuesta fue idéntica: *Señor cura, hasta el cielo*.

Cuando los rojos se hacen con Toledo, las dudas se disiparon. El martirio era ya convicción. Y así se lo dice a sus padres: *Ya llega mi hora; sólo cabe esperar que vengan por mí, ante el martirio hay que sentir alegría*. Y como su madre le dijera que alegría no podía sentir por que le mataran, le respondió: *Entonces, por lo menos, resignación*. Era el 22 de julio.

El 24, denunciados por una vecina, los milicianos se llevan a toda la familia: sus padres, su hermana y él. Y fingen el fusilamiento de los cuatro. Cuasi milagrosamente no se produce el fatal desenlace y pueden regresar a casa. El padre, sin terminar de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo pregunta a qué misa irán mañana. El sacerdote no abrigaba la menor duda: *Padre, a lo mejor a la misa del cielo*. Ya en casa comenta a sus padres y a su hermana: *¡Qué ocasión más buena hemos perdido, a lo mejor ya no se nos presenta otra vez*. Pero bien sospechaban todos que sí. Y como su madre le advirtiera que la carne era flaca, la res-

puesta fue contundente: *Sí, pero el espíritu es fuerte. Desde el advenimiento de la república vengo hablando del martirio de sangre, o al menos de corazón, justo es que ahora dé ejemplo.*

El 28 de julio vuelven a presentarse los milicianos en el domicilio y, sin duda intentando evitar a su familia sucesos como los del día 24, les advierte que el sacerdote era él. Vuelve a salvarse la situación momentáneamente. Y una vez retirados los indeseados visitantes, la madre sacó dos escapularios, don Ricardo los bendijo e impuso uno a su padre y otro se lo puso él.

El 30 fue el día definitivo. Poco después de que hubiera terminado de rezar el breviario se oyó ruido en la escalera. El joven sacerdote ya no abrigó la menor duda: *Consuelo, sácame la chaqueta, vienen por mí.* Y entonces se produjo este hermoso diálogo entre una madre cristiana y su hijo sacerdote que iba a morir.

—*Hijo mío, ¿estás dispuesto a morir?*

—*Sí, madre, estoy dispuesto y preparado; ¿usted no me crió para el cielo?*

—*Sí, hijo, para el cielo te crié.*

—*Pues esta es la hora. No merecía yo tanto.*

Abierta la puerta a los verdugos, aun intenta su padre salvarle la vida pidiendo a los milicianos que le lleven a él en vez de a su hijo. Y desde la habitación en la que se estaba Ricardo preparando sale su voz limpia y fuerte: *El sacerdote soy yo.* Y se presenta ante ellos. Padre, madre y hermana se arrodillan y Ricardo les bendice. La madre postrada ante el hijo que se va hacia la muerte aun tiene valor cristiano para decirle:

—*Hijo mío, mucho valor para sufrir; pero mucho más amor para perdonar.*

Y el martirio se consumó. No sabemos bien cómo. O no lo sabe el autor. Parece que "rodeado de insultos, blasfemias, llevado a trompicones y bofetadas" (pág. 152) llegó hasta el paseo del Tránsito donde le acribillaron. Un mártir más. Una hermosa muerte más del glorioso martiriológico español de 1936.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA